

PRECIOS DE INSERCIÓN.

Los Anuncios en primera plana una peseta línea, anuncios oficiales en segunda plana, 0,50; reclamos, 0,25; anuncios preferentes tercera plana, 0,15; anuncios cuarta plana, 0,07 línea sencilla. Esquelas mortuorias, según muestras.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Para Pamplona: Un mes, 1,25 pesetas; trimestre, 3,50; semestre, 6,75; año, 12,50.
Fuera de Pamplona: Trimestre, 4 pesetas; semestre, 7,50; año, 14.
Extranjero: Trimestre, 15; semestre, 25.
El pago será adelantado.

El Eco de Navarra

AÑO XXIX.—NÚMERO 7841.

DIARIO INDEPENDIENTE.

EDICIÓN EXTRAORDINARIA.

VIERNES SANTO DE 1903.

La Pasión de Nuestro Señor.

La siguiente descripción que hoy ofrecemos a los lectores de El Eco de Navarra, fué dictada por sor Ana Catalina Emmerich, religiosa agustina del convento de Aquetenberg, al gran poeta alemán Clemente Brentano, convertido del racionalismo al catolicismo ferviente por el espectáculo de la santidad de la hermana Emmerich, que enferma y casi moribunda, con los pies y las manos sangrando por los estigmas de las llagas de Nuestro Señor, que le fueron impresas como a San Francisco de Asís, refería sus éxtasis y visiones, con los cuales se ha formado el relato de la *Vida del Salvador*, así como la de la Virgen. Ana Catalina Emmerich fué una vidente, lo mismo que nuestra venerable sor María de Agredá, con la diferencia de que ésta era muy docta en teología y Ana Catalina una aldeana ignorante y sencillísima, pero al mismo tiempo un gran poeta, que en vez de cantar, *paldeía* sus himnos. Sin contradecir en nada a los evangelistas, sor Ana Catalina individualiza los personajes del sagrado drama de la Pasión y les añade mil detalles que prestan vida y colorido nuevo a sus episodios. Las visiones de sor Ana Catalina no son de fe ni las considera la Iglesia como verdad histórica, por lo cual tienen un valor puramente humano, pero gozan de estimación piadosa y se recomienda su lectura, conmovedora y edificante, por la belleza de sus descripciones realistas y patéticas.

Flagelación de Jesús.

Pilatos, juez cobarde é irresoluto, había pronunciado muchas veces estas palabras llenas de bajeza: «No hallo crimen en él; por eso voy a mandar azotarlo y a darle libertad.» Los judíos gritaban cada vez más furiosos: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» Sin embargo, Pilatos quiso que su voluntad prevaleciera, y mandó azotar a Jesús, a la manera de los romanos. Entonces los alguaciles, pegando y empujando a Jesús con palos, le condujeron a la plaza, en medio del tumulto y de la saña popular. Al Norte del palacio de Pilatos, a poca distancia del cuerpo de guardia, había una columna destinada a que los reos sufriesen, a ella atados, la pena de azotes. Los verdugos, provistos de látigos, varas y cuerdas, los pusieron al pie de la misma. Eran seis hombres atezados, de menos estatura que Jesús; tenían un cinturón alrededor del cuerpo, y el pecho cubierto de una especie de cuero ó tela burda; los brazos iban desnudos. Eran malhechores de la frontera de Egipto, condenados por sus crímenes a trabajar en los canales y en los edificios públicos, y los más perversos de entre ellos hacían el oficio de sayones en el Pretorio. Esos hombres crueles habían ya atado a la propia columna y azotado hasta la muerte a algunos

pobres condenados. Parecían salvajes ó demonios, y estaban medio borrachos. Dieron de puñadas al Señor, le arrastraron con las cuerdas, a pesar de que se dejaba conducir sin resistencia, y lo ataron brutalmente a la piedra. Esta columna estaba sola, y no servía de apoyo a ningún edificio. No era muy elevada, pues un hombre alto, extendiendo el brazo, hubiera podido alcanzar a la parte superior. A media altura había anillas y ganchos. No se puede expresar con qué barbarie esos tigres furiosos arrastraron a Jesús: le arrancaron el manto de irrisión de Herodes, y derribaronle casi al suelo. Jesús temblaba y se estremecía delante de la columna. Se despojó El mismo de sus vestidos con las manos hinchadas y ensangrentadas. Mientras le pegaban, oró del modo más tierno, y volvió un instante la cabeza hacia su Madre, que estaba partida de dolor en la esquina de una de las alas de la plaza, y que cayó sin conocimiento en brazos de las santas mujeres que le rodeaban. Jesús abrazó la columna; los verdugos le ataron las manos, levantadas en alto, a un anillo de hierro que estaba arriba, y estiraron tanto sus brazos, que sus pies, atados fuertemente a lo bajo de la columna, tocaban apenas al suelo. El Santo de los santos fué así extendido con violencia sobre la columna de los malhechores; y dos de aquellos furiosos comenzaron a flagelar su cuerpo sagrado, desde la cabeza hasta los pies. Sus látigos ó sus varas pare-

cian de madera blanca flexible: puede ser también que fueran nervios de buey ó correas de cuero duro y blanco.

El Salvador, el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, temblaba y se retorcia como un gusano bajo los golpes. Sus gemidos dulces y claros se oían como una oración en medio del ruido de los azotes. De cuando en cuando los gritos del pueblo y de los fariseos zumbando como estruendosa tempestad, y cubriendo sus quejidos lastimeros con que alternaban piísimas bendiciones, clamaban: «¡Que muera! ¡Crucifícale! pues Pilatos estaba todavía hablando con el pueblo. Y cuando quería decir algunas palabras en medio del tumulto popular, una trompeta tocaba en demanda de silencio. Entonces oíase de nuevo el crujir de los azotes, los sollozos de Jesús, las imprecaciones de los verdugos y el balido de los corderos pascuales que se lavaban en la piscina de las Ovejas. Ese balido acentuaba un espectáculo tiernísimo: eran tristes voces que se unían a los gemidos de Jesús.

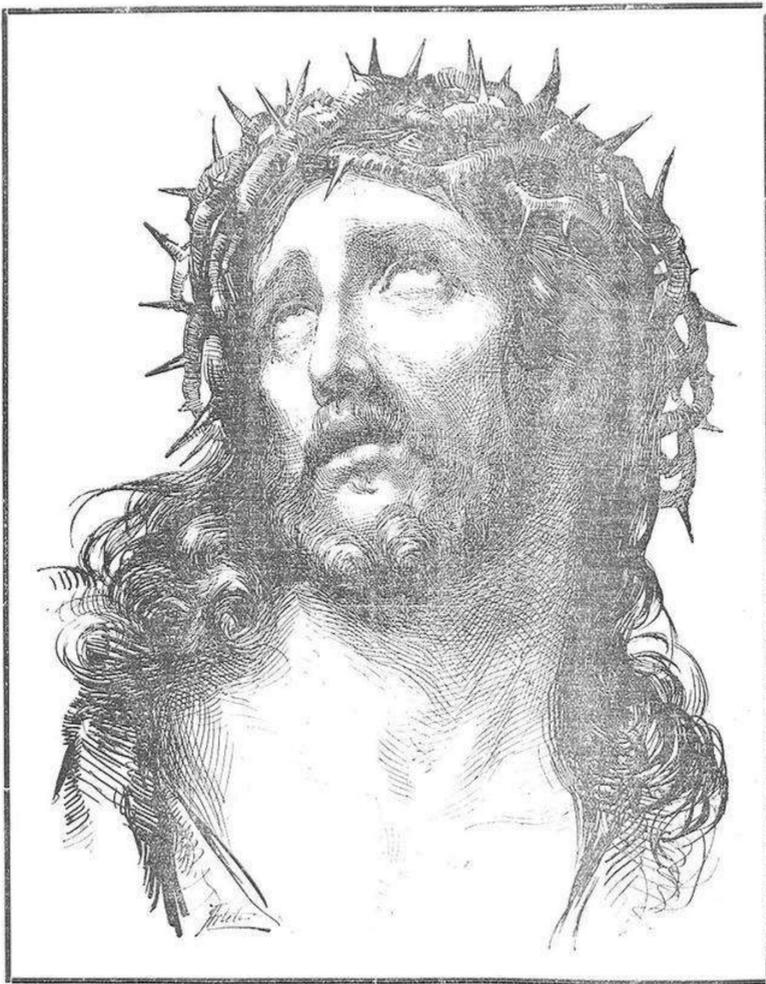
El pueblo judío estaba a cierta distancia de la columna; los soldados romanos ocupaban diferentes puntos; muchos iban y venían silenciosos ó profiriendo insultos; otros se sentían conmovidos, y parecía que un rayo de Jesús les tocaba. Yo vi jóvenes, monstruos de infamia, casi desnudos, que preparaban varas frescas cerca del cuerpo de guardia; otros

iban a buscar varas de espiño. Algunos alguaciles de los príncipes de los sacerdotes daban dinero a los verdugos. Les trajeron también un cántaro que contenía una bebida espesa y colorada, y bebieron hasta embriagarse.

Pasado un cuarto de hora, los sayones que azotaban a Jesús fueron reemplazados por otros dos. El cuerpo del Salvador estaba cubierto de manchas negras, lividas y coloradas, y su sangre corría por el suelo. Por todas partes se oían las injurias y las burlas.

Los segundos verdugos lanzáronse con rabia de hambrientos lobos sobre Jesús; tenían otra especie de varas; eran de espiño con nudos y puntas. Los golpes rasgaron todo el cuerpo de Jesús; la sangre saltó a distancia, y ellos tenían los brazos manchados. Jesús gemía, oraba y se estremecía. Muchos forasteros pasaron por la plaza montados sobre camellos, y alejáronse poseídos de horror y de pena, cuando el pueblo les explicó lo que ocurría. Eran caminantes que habían recibido el bautismo de Juan ó que habían oído los sermones de Jesús sobre la montaña. El tumulto y los gritos no cesaban alrededor de la casa de Pilatos.

Otros nuevos verdugos pegaron a Jesús con correas, que tenían en las puntas garfios de hierro, con los cuales le arrancaban la carne a tiras. ¡Ah! ¡Cómo describir este tremendo y doloroso espectáculo! Sin embargo, su rabia no estaba todavía satisfecha; desataron a Je-



ECCE-HOMO POR GUIDO REXI.

sús, y atáronle de nuevo de espaldas à la columna. No pudiendo sostenerse, le pasaron cuerdas sobre el pecho, debajo de los brazos y por bajo de las rodillas, anudándole las manos detrás de aquel potro de martirio. Entonces cayeron sobre Él. Uno de ellos le pegaba en el rostro con saña indecible, con una vara nueva. El cuerpo del Salvador era todo una llaga. Miraba sus verdugos con los ojos llenos de misericordia; y parecía que les pedía misericordia; pero redoblaban su ira, y los gemidos de Jesús eran cada vez más débiles.

La horrible flagelación había durado tres cuartos de hora, cuando un extranjero de clase inferior, pariente del ciego Ctesifón, curado por Jesús, se precipitó sobre la columna con un hierro que tenía la figura de una cuchilla, gritando loco de indignación: «¡Basta! No peguéis à ese inocente hasta hacerle morir.» Los verdugos, hartos, se pararon sorprendidos; cortó rápidamente las cuerdas atadas detrás de la columna, y fué à perderse entre la multitud. Jesús cayó casi sin sentido al pie de la columna sobre un charco de sangre. Los verdugos le dejaron, y fuéronse à beber, llamando à los criados que estaban en el cuerpo de guardia tejiendo la corona de espinas.

Mientras Jesús estaba caído al pie de la columna, vi à algunas mujeres públicas, con cinico descaro, acercarse à Jesús agarradas por las manos. Se pararon un instante mirándole con desprecio. En este momento el dolor de sus heridas se redobló, y alzó hacia ellas la faz ensangrentada. Se alejaron entonces, y los soldados les dijeron palabras desvergonzadas.

Durante la flagelación, vi muchas veces los ángeles llorando alrededor de Jesús, y oí su oración por nuestros pecados, que subía constantemente hacia su Padre, en medio de los golpes que daban sobre Él. Cuando estaba tendido al pie de la columna, vi à un ángel presentarle una cosa luminosa que le dió fuerzas. Los soldados volvieron, y le pegaron patadas y palos, diciéndole que se levantara. Habiéndole puesto en pie, no le dieron tiempo para cubrir sus carnes; echaron sus ropas sobre los hombros, y con ellas limpióse la sangre que le inundaba el rostro. Le condujeron al sitio adonde estaban sentados los príncipes de los sacerdotes, que gritaron: «¡Que muera! ¡Que muera!» y volvían la cara con repugnancia. Después lo condujeron al patio interior del cuerpo de guardia, donde no había soldados, sino esclavos, alguaciles y chusma: en fin, la hez del pueblo.

Como la ciudad andaba revuelta y en extremo agitada, Pilatos mandó venir un refuerzo de la guarnición romana de la ciudadela Antonia. Esta tropa, puesta en buen orden, rodeaba el cuerpo de guardia. Podían hablar, reír y burlarse de Jesús, pero les estaba prohibido salirse de sus filas. Pilatos quería contener así al pueblo. Había mil hombres.

SOR ANA CATALINA EMMERICH.

De cómo fué crucificado el Salvador.

LLEGADO el Salvador al Monte Calvario, fué allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas à las llagas que los azotes habían dejado. Y al tiempo de quitárselas, es de creer que se las desnudarian aquellos crueles ministros con inhumanidad, que volverían à renovarse las he-

ridas pasadas, y à manar, sangre por ellas.

Tendido, pues, el Salvador en esta cama, llegó uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano; y puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comenzó à dar golpes con el martillo y hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador. Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas y recibieron estos golpes en medio del corazón. ¡Y sus ojos pudieron ver tal espectáculo como este sin morir! Verdaderamente, aquí fué su corazón traspasado con esta mano, y aquí fueron, con este clavo, sus virginales entrañas rasgadas. Con la fuerza del dolor de la herida, todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hacia la parte de la mano clavada, y llevaron en pos de

nos, que son los lugares del cuerpo en que hay más juntas de huesos y de nervios, los cuales son órganos e instrumentos del sentir, y así las heridas en esta parte, son más sensibles y más penosas. Y también esta manera de muerte no es acelerada como otra, sino prolija y larga; en la cual los matadores, no sólo pretenden matar, sino también atormentar al que muere. Y en todo este espacio tan largo, el cuerpo que está en el aire colgado de los clavos, naturalmente carga para bajo y así está siempre rasgando las llagas, y rompiendo los nervios, y ensanchando las heridas, y acrescentando continuamente el dolor.

Y con ser tal este tormento, que un animal bruto que lo padeciera, pudiera mover à compasión, sus enemigos eran tales, que en este mismo tiempo estaban meneando la cabeza, y haciendo

este tiempo le dieron à beber una esponja de vinagre.

Aquí es razón de considerar que aunque fué tan acerba y dolorosa la pasión de este Señor (como aquí habernos visto), no menos fué injuriosa que dolorosa; porque con lo uno padeciése la vida, y con lo otro padeciése la honra. Porque el linaje de muerte que padeció fué ignominiosísimo, que era muerte de cruz, que en aquel tiempo era castigo de ladrones; el lugar también lo era, porque era público, y donde justificaban los públicos malhechores; y la compañía también lo era, pues fué de ladrones y malos hombres; y además de esto el día era solemne, porque era víspera de la fiesta, adonde había acudido mucha gente de todas partes. Y para mayor confusión y deshonra suya, fué puesto en la cruz desnudo, que es cosa muy vergonzosa y afrentosa para nobles corazones. De lo cual, todo parece claro cómo en la sacratísima Pasión del Señor hubo suma deshonra, suma pobreza y sumo dolor. Lo cual convenía así, porque su Sagrada Pasión había de ser cuchillo y muerte del amor propio, que es la primera raíz de todos los males; de la cual nacen tres ramas pestilenciales, que son: amor de honra, amor de hacienda y amor de deleites, las cuales son yesca é incentivo de todos ellos. Pues contra el amor de la honra milita esta suma ignominia, y contra el amor de la hacienda esta suma pobreza, y contra el amor del regalo ese sumo dolor. Y de esta manera el amor propio, que es el árbol de la muerte, se cura con el bendito fruto de este árbol de vida, el cual es general medicina de todos los males, cuyas hojas, como dice Sant Joan, son para salud de las gentes.

FR. LUIS DE GRANADA.

(De Santa Teresa de Jesús.)

Vivo ya fuera de mí,
Después que muero de amor;
Porque vivo en el señor.
Que me quiso para sí;
Cuando el corazón le di
Puso en mí este letrado:
Que muero porque no muero.
Esta divina unión,
Y el amor con que yo vivo,
Hace à mi Dios mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Y causa en mí tal pasión
Ver à Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
Acaba ya de dejarme,
Vida, no me seas molesta:
Porque muriendo ¿qué resta,
Sino vivir y gozarme?
No dejes de consolarme,
Muerte, que así te requiero,
Que muero porque no muero.

A Jesús coronado de espinas.

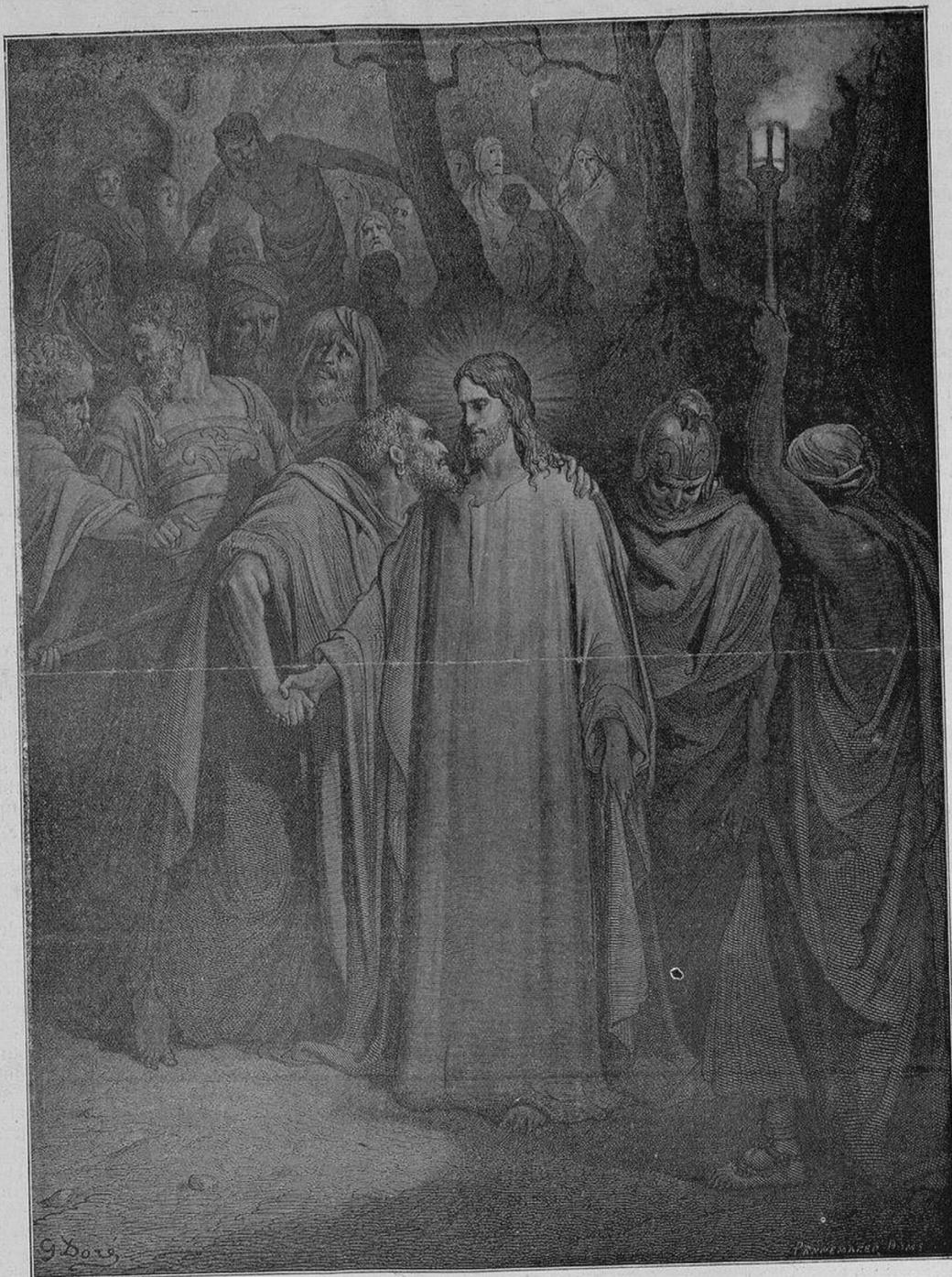
Tú, Señor, que has coronado
el cielo hermoso de estrellas.
el prado de flores bellas
y al hombre le has sublimado,
y gloria y honor le has dado
con tu diestra poderosa,
con saña y burla monstruosa
recibiste de las manos
de soldados inhumanos
una corona afrentosa.

J. M. CARÓS

ACTO DE CONTRICIÓN

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido,
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
Muéveme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
Que aunque no hubiera cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
Pues aunque lo que espero no esperara
Lo mismo que te quiero te quisiera.

SAN FRANCISCO JAVIER.



BESO DE JUDAS. (GUSTAVO DORÉ).

si todo el peso del cuerpo. Y estando así cargado el buen Jesús hacia esta parte, tomó el cruel sayón la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla tan fuertemente, que los huesos del sagrado pecho se desbrocharon y quedaron tan señalados y distintos que, como el Profeta dice, uno à uno los pudieran contar. Y de esta misma crueldad, es de creer que usaron cuando le enclavaron los pies; y de esta manera quedó el sagrado cuerpo afjado en la Cruz.

Este tormento de cruz fué el mayor de los tormentos corporales que el Salvador sufrió en su pasión. Porque este linaje de muerte de cruz, era uno de los más acerbos y penosos que en aquel tiempo se acostumbraban. Porque las heridas son en pies y en ma-

fiesta, y diciendo donaires, y haciendo escarnio del Salvador. Pues ¿qué era esto sino estar echando sal en las llagas recientes y frescas, y crucificar con las lenguas à quien con los clavos habían ya crucificado?

Mas aún no se acaban aquí los trabajos del Salvador, sino pasan más adelante; porque ni el fervor de su caridad, ni el furor de sus enemigos se contentaban con esto. Y así, añadieron ellos otra nueva y nunca vista crueldad à todas las otras. Porque estando el Señor ya todo desangrado, secas las entrañas, y agotadas todas las fuentes de las venas, como naturalmente padeciése grandísima sed, y dijese aquella dolorosa palabra: «¡Sitió, que es «Sed he,» aquellos malvados enemigos usaron con él de tanta crueldad, que en

SAETAS.

Ofrece la poesía popular de España en todas las regiones de nuestra nación un sabor profundamente religioso, que lo mismo domina en los graves cánticos de Euskaria que en el melancólico gorjeo de los habitantes de Andalucía.

Una de las cosas que más llaman la atención en Sevilla, en sus justamente célebres fiestas de la Semana Santa, son esas exclamaciones del alma, esos ¡ayes! del corazón, en que al paso de las sagradas imágenes de la Pasión de Cristo por las calles, prorrumpan desde las azoteas, en el balcón ó en la puerta de una casa, voces vibrantes y firmes que, como heridas de compasión y de amor, se arrancan, permitásenos la palabra, con esas estrofas que hacen llorar á quien las oye. ¡Qué mucho que las llamen saetas los que sienten partido el corazón al escucharlas! Ni remotamente puede formarse idea del efecto que producen, leyéndolas. Sin embargo, el lector puede columbrar el sentido íntimo de esos cánticos recordando la genialidad característica de la música andaluza, la donosa pronunciación del lenguaje en aquel país, y el sello de honda melancolía que distingue á aquellas estrofas musicales que, más que la expresión de una idea concreta, son la manifestación de un sentimiento indefinido, de un quejido prolongado en que se acentúan y repiten las notas más salientes del dolor.

He aquí, pues, algunas de esas estrofas:

En la calle e la amargura
El Hijo á su Madre encuentra;
El Hijo lleva la cruz,
pero á su Madre le pesa.

En la calle e la amargura
Cristo á su Madre encontró:
No se pudieron hablar
De sentimiento y dolor.

La Virgen de los Dolores
Tras de los varones va,
Viendo á su Hijo divino
Que lo llevan á enterrar.

¿Quién me presta una escalera
Para subir al madero
Y quitarle las espinas
A Jesús de Nazareno?

En el Monte Calvario
Las golondrinas
Le quitaron á Cristo
Tres mil espinas.

La tierra sintió su muerte
Y los cielos se nublaron;
Las sepulturas se abrieron,
Los muertos resucitaron.

El sol se vistió de luto.
Y la luna se eclipsó,
Las piedras se quebrantaron
Cuando el Señor expiró.

Alza los ojos y mira
Ese Señor Soberano,
Que si estás arrepentido
El remedio está en tu mano.

Causa de la Pasión del Señor.

¿Quién fué la causa original de los baldones, oprobios y sarcasmos que el divino Redentor del mundo sufrió, paciente y paciente, en su incomparable y horrosa Pasión? Tú mismo, quien queira que seas, oh pecador, que esta respuesta lees. Porque sufrió Cristo Dios y hombre verdadero tormentos y sarcasmos por causa del pecado que tú has cometido. Y no alegues que Judas Iscariote traidoramente le vendió; que sin piedad y contra ley los judíos le flagelaron; que los sayones le coronaron de espinas; que Pilato, doctrinario, le sentenció á muerte, y que verdugos endemoniados le crucificaron, porque aun siendo todo ello verdad, la causa primera de tanto horror y de tanta iniquidad—¿quién lo duda?—fuiste tú, vendedor del Hijo de Dios por un deleite inmundo, propio de bestias; fuiste tú, usurero, chupador de la sangre de los

pobres, por un puñado de metal; fuiste tú, infeliz avaro, esclavo del dinero, por adquirir de cualquier modo riquezas; fuiste tú, vanísimo ambicioso, por lograr honores livianos, cruces y honras mundanales.

Y es muy cierto que, por causa de tus ambiciones, avaricias, soberbias y liviandades, fué Cristo nuestro Señor atrocísimamente calumniado y deshonrado, apellidándole la ciega plebe judaica hereje, ó samaritano, endemoniado, blasfemo, engañador del pueblo, destructor del Templo, bebedor de vino, rebelde, Rey falso, sedicioso, enemigo del César, perturbador del orden y de la nación hebrea. De todo lo cual es acusado por causa tuya, oh ciego pecador, Aquel inocentísimo Cordero de Dios, que nunca pecó, ni pudo pecar; que pasó haciendo bien y sanando á todos; que por redimir al

carnada: Tú, quien has pospuesto al Ungido Eterno del Señor á un Barrabás, ladrón famoso, público y confeso; á un saltador de caminos, trocando al Autor de la vida por un asesino, facineroso y reo convicto de mil delitos, pidiendo con tu pecado muerte para el Autor y Conservador de toda vida, y vida para el matador de ella, criminal, perseguidor de la propiedad y la inocencia. Injuria inaudita hubieras hecho al Señor de los cielos comparándole á un serafín; pues ¿cuál ofensa no le habrás hecho al compararle y preferirle, pecando, al célebre ladrón Barrabás?

No hay, oh pecador, quien admire bastante y alabe la mansísima paciencia de Jesucristo Dios, padeciendo en misterioso silencio vilipendios y tormentos incomparables; ni quien condene, como se debe, tu soberbia y or-

CRISTO PENDIENTE EN LA CRUZ.

SONETO.

(De D. Luis de Ribera.)

Este es el santo trono y ensalzado,
Gloria del Salvador, al mundo afrenta,
Lecho de fuerte amor que lo acrecienta,
Altar para su gran pontificado.
Este, aquel duro y penetrante arado
Que abrió la tierra estéril y sedienta,
Donde el grano de trigo, muerto, aumenta
A millares el fruto deseado.
Ya cuando la corona ornó su frente,
Todo lo trajo á sí, que á tanta alteza
Estaba prometido el señorío.
Y en acto de jurar un rey potente,
Al descubrir su antigua fortaleza,
Ganó el gentil lo que perdió el judío.

Al Salvador en la Cruz.

Quien dió la vista al ciego,
Quien dió la voz al mudo,
Quien vida nueva pudo
A Lázaro infundir,
Hoy pende de un madero,
Y expira, escarnecido
Del pueblo fementido
Que viene á redimir.

Quebrántase la roca,
Si luz se queda el cielo,
Retiembla, roto el velo,
El Arca del Señor;
Y al ver los querubines
La Cruz, que los aterra,
Dirigeu á la tierra
Miradas de furor.

—La sangre que han vertido
Los clavos y la lanza,
Pidiendo está venganza;
Dejádnosla tomar,
Descienda nuestro rayo,
Y que haga, furibundo,
Cenizas ese mundo,
Rebelle sin cesar.

En tanto que al Eterno,
Inmóvil en su Trono,
Acusa de abandono
La hueste de Miguel,
Bendicen el arcano,
De amor ardiente lleno,
Los justos, en el seno
Del Padre de Israel.

Que ya de su ventura
Llegó, por fin, el día,
Y al Hijo de María
Unidos volarán;
Dejando el Paraíso
La víctima inocente
Abierto al descendiente
Del ya feliz Adán.

Pero si hoy en patíbulo expira,
Juez vendrá severísimo luego
Más terrible entre nubes de fuego
Que en su cima le vió Sinaí.
¡Ay, entonces, del que haya perdido
De la gracia el divino tesoro!
—Yo, Señor, tus piedad imploro;
Yo, pequé. ¡Desgraciado de mí!

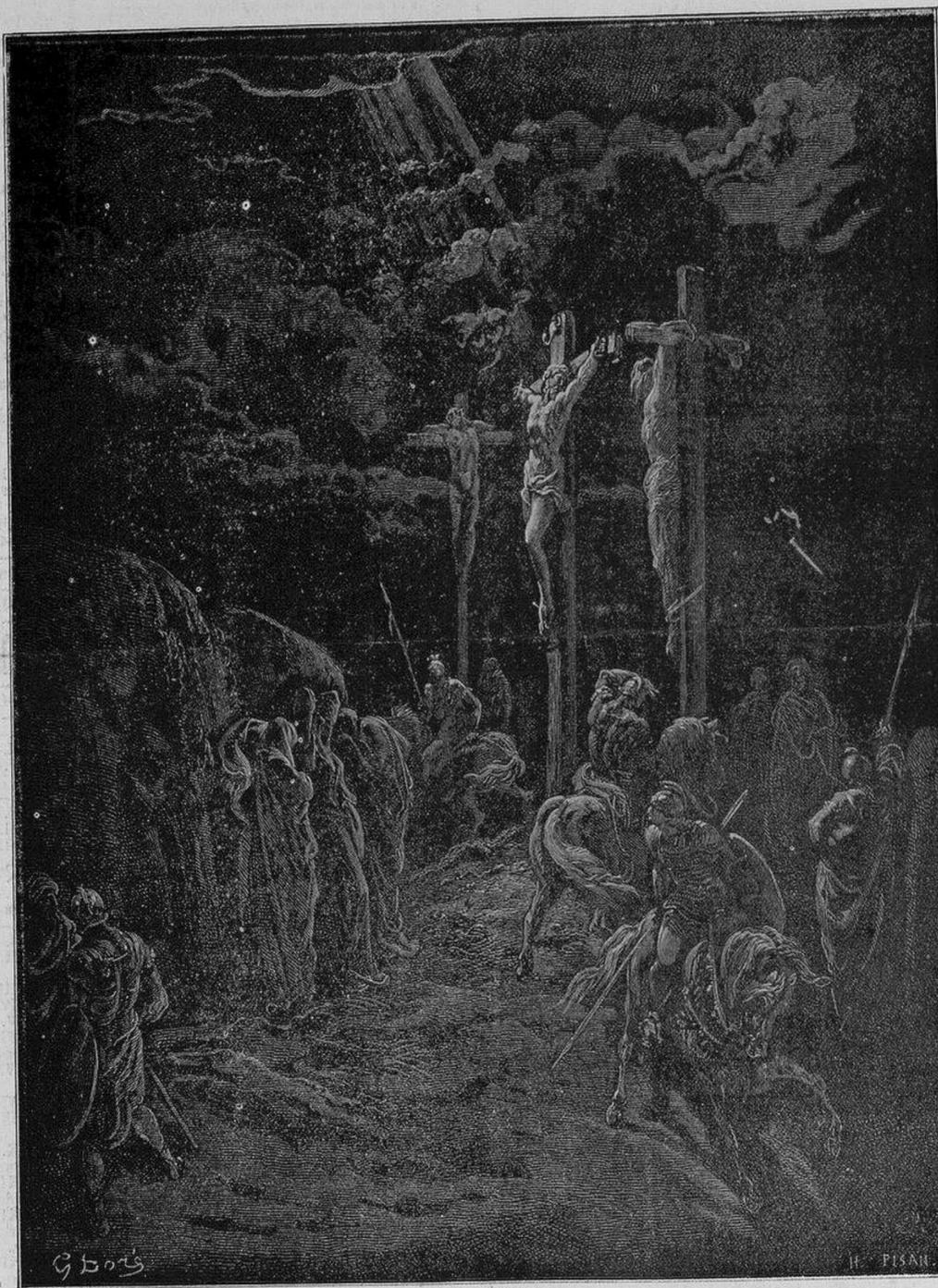
JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH

La Virgen de los Dolores.

Ó vos omnes, qui transitis per viam, attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus.
(JERE, TMRHN, I.)

Bajo el árbol santo
Lloraba una Niña
Viendo muerto el fruto,
El fruto de vida;
El fruto es Jesús;
Ella lo sabía,
La Cruz es el árbol,
La Virgen, María;
Sus tristes palabras
El alma partían:
—Yo tenía un hijo,
Mejor no lo había;
Lo ataron crueles,
Y en cruz ahora espira:
Rosal de los cielos,
Mi amor y mi dicha
Que en mi corazón
Dulce florecías:
¿Qué se han hecho, di,
Tus flores queridas,
Pues mi pecho triste
Sólo brota espinas?
Atended y ved
Cuanto por la vida
Camináis, ajenos
Á esta gran desdicha,
¿Qué pena habéis visto
Igual á la mía?

JACINTO VERDAGUER.



MUERTE DE JESUCRISTO. (GUSTAVO DORÉ.)

mundo con su Sangre preciosa quiso y se ofreció generosamente á ser oprobio de los hombres, desprecio del populacho, escarnio de Tribunales, blanco de todas las injurias, envidias y falsos testimonios.

Tú has sido, cruelísimo pecador, quien con la mano férrea de Malco descargaste injuriosa é inquisitiva bofetada en aquel virginal y hermosísimo rostro en que los bienaventurados del empireo desean mirarse. Tú, quien has abofeteado al mismo Hijo de Dios vivo, al Santo de los santos, al Juez supremo de vivos y de muertos, al Pontífice Sumo de todos los sacerdotes, al Rey de reyes, al distribuidor divino de los tesoros del Eterno Padre, á la Luz, Camino y Vida de todos los mortales, á la misma Divinidad En-

gulosamente rebeldía contra la divina Ley, y cualquiera contrariedad insignificante que se te ofrece. ¡Oh, Señor, que tan divina y generosamente diste la vida y Sangre toda de tus venas por salvarme y redimirme! ¿Quién amará dignamente tu Bondad por esencia, suma é infinita, hecha oprobio de los malvados para hacerme á mi compañero de los ángeles y morador perpetuo de los cielos? ¡Oh Cristo Jesús, Dios y Hombre verdadero, aunque los Herodes, Caifás y Pilato, escribas y fariseos del día en España y fuera de ella te persigan, te vendan, como otros Judas, y crucifiquen, yo te adoro como á Criador del mundo universo, Redentor y Salvador de todos los hombres!

JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA, presbítero.

A LA SOLEDAD

de la Iglesia de San Lorenzo de Pamplona.

Ansiando ver la imagen veneranda
de la Madre de Cristo, de María,
que en la iglesia citada se venera,
llegué una tarde, al expirar el día,
cuando en el Cielo el Sol no reverbera,
á adorar una efigie que, severa,
en un altar del templo se veía.

La triste lóbreguez del aposento,
las demás nieblas del recinto oscuro
hicieronme olvidar por un momento
la loca orgía del mortal perjurio,
y al Empíreo voló mi pensamiento.

Cual reo que, culpable, ante los jueces
á escuchar la sentencia se prepara,
yo, murmurando de perdón mil preces
por el templo callado discurría,
y al par mi triste corazón latía,
cual si fiero castigo me esperara.

¡Adelante! ¡adelante!, voz secreta
resonaba en el templo solitario;
nadie en el templo había
y tristemente chirriar se oía,
cual terrible lamento funerario
á la inquieta veleta

que coronaba el alto campanario.
Respirando este ambiente misterioso,
extasiado quedé, sin atreverme
á seguir caminando hacia adelante,
y confuso aturrido y tembloroso,
como soldado inerte,

cuando, cual nueva Beatriz del Dante
ví aparecer angelical figura,
que, cogiendo mi brazo dulcemente,
me llevó sonriente
á una estancia más trética y oscura.

Era la estancia aquella una capilla.
A la luz de una débil lamparilla
que en un rostro vivo reflejaba,
divisé aquella imagen que buscaba,
y el suelo profané con mi rodilla,
mientras el viento con furor zumbando
por las bóvedas iba murmurando.

Mira, mortal, *La Dolorosa*; dijo
el ángel que hasta allí me condujera;
y, mientras yo con el semblante fijo
en el divino rostro de María,
murmuré una oración, en mi quimera
ví que se abrió la tenebrosa esfera
y que el ángel aquel desaparecía.

Ya estaba solo ante la imagen santa;
ya estaba frente á frente
de la Madre de Cristo, siempre pura,
porque aquella escultura
es tan sublime, tanto, que mi mente
mi loca fantasía
vió en ella solamente
el angélico rostro de María.

La angustiosa expresión de aquel semblante,
la sublime aflicción de aquellos ojos,
la triste palidez de aquellos labios,
como el puro coral antes tan rojos,
y las débiles manos nacaradas
sobre el pecho cruzadas
habrán podido ser vanos antojos
del arte y del cincel de algún artista;
que el arte en maravillas es fecundo;
pero es preciso que al conjunto bello
de vida y de expresión le diera un sello
Aquel sublime artífice del mundo.

De rodillas estuve... no sé el tiempo
mirando aquel semblante peregrino;
el mundo para mí ya no existía,
y, pensando tan solo en mi destino,
miré á mis plantas el oscuro Averno
y en el sublime rostro de María
su angustiosa aflicción y el goze eterno.

Por fin un ruido extraño y pavoroso
sentí á mi espalda, me volví asustado,
y entre la densa niebla dibujado
ví el semblante del ángel misterioso
que de la Virgen me condujo al lado,
y acercándose á mi magestuoso
me sacó de la estancia solitaria
mientras yo murmuraba una plegaria
y extasiado seguía y tembloroso.

Ya estaba lejos de la imagen bella
que mis ojos poco antes contemplaban;
solo hasta mí llegaban
con débil brillo de lejana estrella
los reflejos de aquella lucecilla
que en mi delirio me mostró la mente
cual alma penitente
destinada á vivir en la Capilla.

Pasado aquel febril arrobamiento
al ángel protector busqué á mi lado;
en vano todo fué, y abandonado
me ví con mi conciencia y mi tormento,
escuchando el quejido funerario
del hierro que corona el campanario
y zumbando en las bóvedas el viento

Cuando salí del templo, el ancho espacio
salpicado de estrellas se veía,
pero en nada mi vista reflejaba
por que delante de mí faz llevaba
el divino semblante de María.

Aquellos ojos de llorar cansados,
aquella frente sacrosanta y pura,
los labios por la angustia nacarados,
las pálidas mejillas, la amargura
de aquella faz divina y misteriosa,
de mí no se apartaban un instante,
por do quier que marchaba, iba delante
el Rostro de la Madre Dolorosa.

RAIMUNDO GARCÍA.

(Garcilaso.)

Á JESÚS SACRAMENTADO.

¡Señor, que lo sois todo para mi pecho amante,
No tengo otro consuelo
Que amarnos más y más!...

Si todo cuanto tengo lo pierdo en un instante,
Con tal de que os posea, ¿qué importa lo demás?
Sois vida de mi alma, sois gloria de mi vida.
Sois en la obscura noche
Mi refulgente luz;

Si todos me abandonan... me'dais dicha cumplida,
Me hacéis amar las penas y bendecir la cruz.
Por vos detesto el mundo, sus goces y esplendores,
Por vos amo el olvido,
La triste obscuridad...

En vos reconcentrados sus plácidos amores,
Mi espíritu ha perdido su libre voluntad.
Ni pide, ni desea; ni busca, ni se afana.

Tranquilo y venturoso
No tiene otro querer
Que el vuestro, Jesús mío, delicia soberana
Del ser que se aniquila, se pierde en vuestro ser.
Si muere, ¿que le importa? Si vive, ¿qué es la vida?
Con santa indiferencia
La dejará por Vos:

Que no hay en este mundo felicidad cumplida
Sino en amar constantes la voluntad de Dios.
Al pie del Tabernáculo, rendida, apasionada,
Quisiera consumirme
Cual cirio en el altar;

Que estoy de tal manera de Vos enamorada
Que amante languidezco de tanto y tanto amar...!

RAQUEL.

Surca los aires: un tupido velo
Cubre de sombras la ciudad judía.
Vése salir de entre la losa fría
Un cuerpo, que antes fué cadáver yerto.
Jerusalem, por su traición impía,
No parece ciudad, sino desierto.
Todo causa terror; nada alegría:
¿Qué pues, acacizó? ¡Jesús ha muerto!

J. S. I. SEMINARISTA.

Pamplona 6 de Abril de 1903.

A CRISTO CRUCIFICADO.

Juez que ángeles lanzaste en el profundo,
¿Quién á tí en brazos de la Cruz te clava?
¿Qué ira es la tuya que en la sangre lava
Del Paraíso al desterrado inmundo?
¿Por qué agotas tus venas moribundo?
¿Por quién tu vida en el tormento acaba?
¿No naciste llorando; no sobra
Rescate en el pesebre para el mundo?
A tu justicia, si, bastó tu lloro;
No á mi crueldad sedienta de placeres,
Por ti pagados con mayor tesoro.
Comprar mi afecto con tu sangre quieres;
Y aún yo te crucifico y no te adoro.
¿Cuán malo soy, Señor!... Cuán bueno eres.

(RAFAEL REYES, S. J.)



LA DOLOROSA DE TIZIANO.

CONSUMMATUM EST.

SONETO.

¿Cómo te agitan con maldad deicida
Ondas de horror, titánica inclemencia?...
No es tu cetro inmortal la omnipotencia,
Siglos tu aliento, manantial tu vida?...

Undosa nube de borrasca henchida
¡Mueve! en tu daño la infernal potencia...
Muere mi bien, se eclipsa tu excelencia,
¡Ay! do está tu Deidad... ¿esta vencida?

Tú Jehova?... y un gusano te maldice?
Un nada contra tí se hace juez serio?...
Mudo escucho un rumor y me dice:
¡Ea! emudezca tu falaz salterio
Sombras tan solo ves, dime, infelice?
¿Tiene la muerte en el amor imperio?

P. DAULOF.

¡JESÚS HA MUERTO!!

Truécase en noche oscura el claro día,
Rápidos bajan desde el alto cielo
Tétricos rayos, que hasta el bajo suelo
Dios irritado, por castigo, envía.
Ya no se oye la dulce melodía
Del bello ruiseñor, que en raudo vuelo

EN EL CALVARIO.

Vide enclavado en una cruz con
los huesos desencajados, las car-
nes abiertas, los ojos cubiertos
con opaco velo, los labios cardenos, la
nariz afilada, despojado de sus vesti-
duras y vertiendo sangre por todas
partes como de un manantial copioso.

Es Jesucristo el Hijo de Dios, la se-
gunda persona de la Santísima Trini-
dad, la Sabiduría encarnada, el princi-
pio y el fin, la Verdad eterna, el Maes-
tro supremo, el Hijo del Carpintero
y de María, que muere en un madero de
ignominia por salvar á la humanidad
entera de la esclavitud, por redimirnos
á todos del pecado.

¡Qué misterio tan grandioso, qué
prodigio tan estupendo, qué aconteci-
miento tan extraordinario!

Aquel pueblo veleidoso que aclama-
ba á su Salvador en su marcha triun-
fal por las aldeas de la Judea y Galilea
grita furioso ante Pilatos: ¡Crucifícale!
aquel populacho que había recibido en
medio de entusiasta algazara á su Re-
dentor, pide apañado en el paraninfo

del Pretorio, la muerte del Hijo del
Hombre, como ayer había pedido la
muerte de los Profetas.

Y la soldadesca brutal y descreída,
escupe y maltrata al que es el Apóstol
de la caridad y de la mansedumbre; y
se burla de su dolor dándole á beber vi-
no mezclado con amarga hiel.

¡Pero Jesús quiere agotar los tesoros
de su inmenso amor, á pesar de la in-
gratitud y el olvido de los hombres,
y sus labios sólo se abren para pedir á
Dios que perdone á sus verdugos, su
último suspiro es una súplica en favor
de sus asesinos.

Y el Señor muere, entre las convul-
siones de la naturaleza y los gritos de
horror de la Jerusalén deicida.

Los vientos se desencadenan, la tie-
rra tiembla hasta en sus más profun-
dos cimientos, desbórdanse los mares,
se abren los sepulcros y resucitan los
muertos, y todo el universo lanza un
grito de dolor y llora de espanto; el ru-
gir de las fieras se mezcla con los ge-
midos de las madres y los ayes de los
niños.

¡El gran todo ha muerto! ¡Verdaderamente
este hombre era el Hijo de
Dios!

RAMIRO VIEIRA DURÁN.

Hay momentos en las tragedias de la
vida en que no bastan la razón ni el es-
toicismo para no sucumbir al peso del
dolor universal. Sólo una mano atrave-
sada por una herida de clavo, una ma-
no lacerada y sangrienta, puede derram-
ar bálsamo en el espíritu. La mano de
Jesús, Dios y hombre.

La Procesión de hoy en Pamplona.

Orden de la Procesión del Santo Entierro que
la Hermandad de la Pasión del Señor cele-
bra esta tarde.

- I.—Piquete de la Guardia civil de caballería.
- II.—Grupo alegórico.—Abraham é Isaac.
- III.—Grupo alegórico.—La entrada en Jerusa-
lén, con palmas y ramos y el estandar-te «Hosanna».
- IV.—Primer paso.—La despedida.
- V.—La bandera de la Hermandad.
- VI.—Grupo alegórico.—Las doce tribus de Is-
rael y el Arca de la Alianza.
- VII.—Segundo paso.—La oración en el huerto.
- VIII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diputados.
- IX.—Manipulo de soldados romanos.
- X.—Coro de cantores.
- XI.—Tercer paso.—Los azotes.
- XII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diputados.
- XIII.—Manipulo de soldados romanos.
- XIV.—Grupo alegórico.—El estandarte «Cruci-
fijos».
- XV.—Cuarto paso.—Ecce-Homo.
- XVI.—Cortejo de un Sub-prior y dos Diputados.
- XVII.—Manipulo de soldados romanos.
- XVIII.—Grupo alegórico.—Los atributos de la
Pasión, Herodes, Sumo Sacerdote, Caifás y la Ve-
rónica.
- XIX.—La bandera ó estandarte romano llamado
Vexillum, y dos legionarios trompeteros.
- XX.—Coro de cantores.
- XXI.—Quinto paso.—La caída del Señor.
- XXII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Dipu-
tados.
- XXIII.—Los penitentes.
- XXIV.—Grupo alegórico.—Las Siete palabras.
- XXV.—El Centurión y Longinos á caballo.
- XXVI.—Sexto paso.—Jesucristo crucificado,
alumbrado por ocho Hermanos con hachones.
- XXVII.—Cortejo de un Sub-prior y dos Dipu-
tados.
- XXVIII.—Coro de cantores.
- XXIX.—Manipulo reforzado de soldados roma-
nos.
- XXX.—Grupo de quince Magnates alumbrando
con grandes cirios.
- XXXI.—Séptimo paso.—Jesucristo yacente ro-
deado de la Guardia de soldados actuales.
- XXXII.—Guardia pretoriana compuesta del
Centurión, dos porta enseñas y veinte soldados ro-
manos.
- XXXIII.—Duelo de honor formado por seis
Hermanos y presidido por el Prior de la Herman-
dad, acompañado del Tesorero y Secretario.
- XXXIV.—Bandera del Excmo. Ayuntamiento
y los timbales y clarines.
- XXXV.—Octavo y último paso.—La Soledad de
María.
- XXXVI.—Presidencia del Clero de la Parro-
quia de San Agustín.
- XXXVII.—Presidencia del Excelentísimo Ayun-
tamiento.
- XXXVIII.—Música y piquete de Infantería.

En la función de la Soledad que la Hermandad
del Santo Entierro celebra el día de Viernes
Santo en la Iglesia parroquial de San Agustín, á
continuación de la Procesión del Santo Entierro,
predicará este año el P. Juan M.ª Jiménez, de las
Escuelas Pías de esta ciudad.

Si por causa de lluvia se suspendiera la proce-
sión del Santo Entierro, se adelantará á las seis de
la tarde la función de la Soledad, celebrándose en
la forma siguiente:

Tres ó cuatro números del gran *Stabat Mater* de
Wagner, cantados por la Capilla de Música de la
Catedral (triplicada), sermón y solemne Vía Crucis.

Pamplona.—Imp. de Joaquín Lorda.